

cuatro cabezas empenachadas que hiciéramos rodar al pie de la libertad, bastarían á todo y á todos.» Tras estos cómicos monólogos de primer orden, las gentes se apaciguaban y todos se reían, imprevisores y descuidados, sin mirar á las señales del horizonte, sin poner oído á los estremecimientos del suelo, desconocedores, por lo menos olvidados, de que lo futuro iba poco á poco abriendo vorágines bajo sus plantas y amenazaba tragárselos á todos. Mas, dejando monólogos y diálogos de franciscanos, bien siniestros ellos, veamos cuál andaban de unidos y organizados, quienes preparaban en aquel club teorizante la nueva sociedad. Cada cual ve allí su propia idea. Y sin embargo, en aspiraciones revolucionarias, en deseos de mejorar aquella organización social en ideales vivos y luminosos, todos se juntaban. A veces algunas escenas frisaban por lo grotescas y originales, con lo ridículo; mas como todos aquellos personajes purgaron sus errores y sus faltas con anticipada y violenta muerte, les rodea corona de mártires las sienes, les exalta el fuego de los holocaustos la vida, los granjea el fin respectivo de cada uno la inmortalidad, y los purifica, en cuanto el cadalso puede hacerlo, de los errores y de los crímenes sabidos, dciéndonos que si no pueden ser canonizados por la conciencia humana, pueden ser absueltos, puesto que han pagado sus culpas y sido con implacable severidad en el calabozo y en el suplicio todos á una, sin excepción casi, todos á una castigados. Así, cuando los vemos coronarse de flores, como si hubiese de sonreírles eternamente fecunda y tibia primavera; empuñar las copas áureas del sensual Epicuro para olvidar los dolores de la humana existencia y asistir á los banquetes santos del divino Platón para granjearse una esperanza en la inmortalidad; combatir como brutos carniceros entre sí por sentimientos humanos é ideas humanitarias, cuya realización les debemos todos por igual, y más especialmente nosotros los plebeyos; no hay más remedio que llamarlos nuestros redentores, pues ya que no podamos redimirlos de sus culpas, reconozcamos que nos hemos redimido nosotros por sus sacrificios.

Los escritores y cronistas del tiempo Halem, Chamfort, Rivarol, unidos á las publicaciones diarias que reproducían los discursos del club, nos han dejado imágenes cuyas imperecederas é inolvidables. Reina cierta célebre noche de regocijo é inspiraciones un verdadero entusiasmo en el club reunido sobre las losas funerarias y bajo las bóvedas góticas de una iglesia franciscana por los restos de reliquias piadosas; por las líneas triangulares conmemorando la Santa Trinidad; por el altar mayor, todavía solemne, aunque profanado y casi derruido, creeríais hallaros en una catedral de la Edad Media; por el concurso, por los vapores de tabaco y cerveza que han sustituido el vapor de incienso; por las humeantes rojas teas alumbradas en reemplazo de las místicas lámparas, por el energúmeno que vocifera en el púlpito, por los gritos que acogen toda palabra dicha en voz alta y por las miradas que se cruzan como chispazos de arcabuz en la obscuridad. que no pueden las teas conjurar, creeríais, en la catedral donde os halláis, están los fieles celebrando una

misa, pero la misa del diablo, á que sólo pueden acudir los condenados, los endriagos, las brujas, los vestiglos. Gran ruido se oye de voces discordes, análogo con el estruendo que producirían charangas destempladísimas ó murgas vulgares, según la sinfonía formada por los resuellos de fragua, por los gritos de lechuzas, por las vibraciones de juramentos, por el resoplido de pasiones desencadenadas, por el espíritu de tempestad moral, allí resonantes. ¿Qué sucede? Pregunta todo el público volviendo los ojos á la puerta, donde se aglomeran los oleajes de la multitud y se oye la mayor vibración del estruendo. Pues una cosa muy natural en tales reuniones, el ingreso inesperado de una mujer, á quien prestaran extraordinaria notoriedad los incidentes revolucionarios. Llámase la recién llegada Theroinne. Lo primero que atrae la general atención, entre aquel cúmulo de increíbles frecuentísimas extravagancias, es el traje de la recién venida. Las polainas ceñidas á las piernas, sirviéndole para recatar éstas y vestir falda corta que le llega tan sólo á las rodillas; en vez del jubón femenino, chaqueta muy propia del traje varonil, ajustadísima, realzando los contornos del pecho, mientras grande chambergo con plumaje negro á la cabeza; en el talle un brillante cinturón de cuero, al cual van adheridas varias funditas conteniendo pistolas, y del hombro pendiente un tahalí, por cuyas rojas correas cuelga un sable de caballería que arrastra en el suelo y parece uno de esos simbólicos animales, culebras, serpientes, que ponen al pie de los ídolos y de los simulacros la superstición ó el miedo religioso. No obstante la suma prestancia de aquella mujer, bajo todos los menesteres de hombre, con que intentaba encubrir sus gracias de mujer, nótese que es una mujer en su alzado y grueso pecho, en su gentil cintura, en su abdomen abultadísimo, en sus anchas caderas, en toda su figura. No es una belleza perfectísima por la poca regularidad de sus facciones, pero al blanco rosado color de su raza une ardientes meridionales ojos que chispean cuando el verbo de la libertad viene á sus labios, impelido por una voz verdaderamente música, que halaga los oídos con su melodía celestial. Sus aventuras explican su presencia en los franciscanos y su actitud en todas partes. Nacida bajo techo muy decente del antiguo Luxemburgo alemán; un raptor la secuestra en el hogar paterno y la conduce al océano fangoso de Londres que cubre tantos vicios. El raptor es un aristócrata, y después de haberla llevado á tal perdición, la deja sola y abandonada en aquel mar sin riberas y sobre aquellos abismos sin fondo. Entonces la cuitada se prostituye. Y la prostitución arrástrala desde Londres á París. Por el comercio suyo con los hombres, la fijan en ideas, y la exaltan en sentimientos los masones, los mesmeristas, los aeróstatas, los que prometen alguna invención extraña, ó quieren otra mejor sociedad.

Entre rostros patibularios, voces aguardentosas, humaredas de pipas, resuellos de infierno, debía la célebre joven aparecer como á los crueles marinos romanos en la sangrienta batalla de Accio, el perfil de Cleopatra, hermosa, tranquila, sonriente. Camilo, muy dado á las aproximaciones y semejanzas históricas, se dirigió á ella con arrobamiento, y la llamó

reina de Saba, yendo en pos del Salomón de los distritos. Con efecto, la ciencia revolucionaria y liberal del combate por las ideas nuevas, habíala esta mujer aprendido en una larga experiencia. Proscrita de los salones decentes, por la marca perdurable del oficio infame, que se le atribuía, compensaba esta proscrición yendo á la escuela, y aun al hogar, de los innovadores y de los profetas. Aunque, á los primeros estallidos de la revolución, sociedad ninguna quedara oculta, varias desdeñaron el aire y la luz, temerosas, como las aves nocturnas, de que sus alas y sus retinas no pudieran resistir la pureza del oxígeno y la claridad del éther. Si los mesmeristas no tapizaban de rosa el santuario de sus hechicerías, y no disfrazaban de paradisiacas huries las mujeres contratadas en la calle para representar por acciones y argumentos dramáticos el poema de la electricidad con sus botellas fulminantes y sus cadenas comunicativas de impresiones violentísimas; si la masonería no se daba, en sus comienzos, aire de llegar al mundo europeo con el polen de las selvas indias entre sus cabellos y con las iniciaciones en misterios, como los de la divina Eleusis, por su conciencia, y con dogmas como los de Pitágoras, cuyas ideas eran á un tiempo números y notas en su entendimiento; si los químicos no fingían haber encontrado el secreto de la inmortalidad y metido dentro de un áureo pomo resplandores ó centelleos de la estrella Sirio; si los mismos revolucionarios no iban por las Catacumbas imprimiendo en inscripciones fugaces fórmulas cabalistas del nuevo pensamiento, ¿qué poesía le quedaba ya en el tiempo y en el espacio á las innovaciones, y qué leyendas á los humanos progresos? El templo fascinaba todas estas inteligencias llenas de savia que debían dar de sí muchas flores bien olientes, dentro de las cuales, á pesar de sus preciosos cálices y de sus brillantes pétalos se ocultaban tristes y amargos frutos. Templo de India, en los efluvios de la vida exaltada y en los ideales del panteísmo materialista, siempre anegado; templo de Persia, observatorio de los astros, mediador entre la humana vista y el estrellado cielo que ostentan las noches caldeas; templo de Jerusalén, donde la luz del cielo se ha hecho alma del espíritu, y los dioses múltiples, el Dios único; templo de Atenas, que creyendo guardar la Minerva de Fidias, guardaba el verbo de San Juan; templo del Egipto, vuelto con sus inscripciones jeroglíficas y con sus esfinges inmóviles y con sus rígidas momias á la Eternidad; templo de Bizancio, con su oriental cristianismo, y de Roma, con su cristianismo occidental; todos los templos donde la humanidad había rezado creyendo encontrar en ellos el refugio contra la muerte y el seguro de la inmortalidad, acababan entonces, al refundirse á la fe de muchos creyentes nuevos, en el templo espiritual de los masones, mayor que todos los espacios, donde se prestaba un culto sin fin al Grand Arquitecto, representado por el triángulo, expresivo de la trinidad ortodoxa también, y donde todos los hombres, emancipados por la libertad, que fundía todas las cadenas, y, reunidos en la igualdad, que destrozaba todos los privilegios, eran sacerdotes, creyendo una doctrina y practicando un culto, en que, no sólo brillaba una teología universal sacada de todas las

religiones, un derecho humano superior al derecho antiguo, y sacado de todos los códigos, y que debía quedar como el principio central de la revolución en todos los pueblos transmitiéndose por su fuerza y por su virtud, á todas las generaciones.

Así Theroigne, muy creyente y confiada en los símbolos, creía que, teniendo el templo, guardaba el dogma ya. Como la denominaron Saba y denominaron Salomones á los que la recibían, creyóse obligada, en aquel momento, á decir algo sobre los templos. Y dijo que le parecía muy necesario levantar uno espléndido á la representación y á la soberanía nacional. Mientras el Poder Ejecutivo, exclamaba refiriéndose al poder monárquico, goza del más bello palacio de la tierra, extendido desde los pabellones de Flora en magníficas proporciones hasta la columnata del Louvre, el Poder Legislativo, nómada, bajo tiendas, en el Trinquete ó en el picadero, es parecido á la paloma de Noé que no tuvo dónde posarse. Hay que construir el templo de la soberanía nacional y que construirlo sobre los espacios de la desarraigada Bastilla. Necesitamos que sepa el pueblo, viendo los dos palacios, el palacio de sus Reyes, y el palacio de sus elegidos, en cuál de ambos se halla el verdadero poder, la verdadera soberanía. Para construirlo demandaba que aportasen todas las familias sus tesoros, que hasta las damas vendiesen sus joyas. Y no contenta con decir; haciendo lo mismo que propusiera, se arranca de las orejas los zarcillos, las tumbagas de los dedos, el medallón de la garganta, los preciosos adornos que ostentaba, y los ofrece como cuota primera de la suscripción para levantar el verdadero templo, el único á la verdad digno de Dios, aquel donde fueron proclamados los derechos del hombre. Dios, el pueblo, sin templo, templo la representación popular sin altar ¿quién reconocerá su culto? Es necesario que sea este gran templo como el antiguo de Jerusalén y que vayan á él todos los apóstoles, á él todos los peregrinos, á él todos los cruzados reunidos en el esfuerzo por la libertad. A estas palabras el público se conmueve y saluda con unánime clamor la santa Jerusalén del progreso. Y toma la palabra quien cree representarlo en su carácter universal cosmopolita, Anacarsis Cloótz. Aunque los errores y pecados de la clerecía le desolaran el espíritu al extremo de dilatar por sus senos un desierto tan triste como el ateísmo, vuelve á sentir la emoción religiosa en sus entrañas y el salmo de las victorias humanas corriendo en eléctricas notas por sus nervios trémulos, á todo lo cual pide, no como Theroigne un templo de la nación, un templo de la humanidad, en París, quien, equidistante del Polo y del Ecuador, albergará la confederación universal de todos los hombres, levantando sobre las torres del homenaje destruidas, los pabellones franceses y poniendo sobre las sienas del siervo emancipado la escarapela verde; y así no habrá ni vencedores ni vencidos; no habrá, ni verdugos, ni armas; desde París irán á Pekin las gentes como se puede ir de París á Estrasburgo; el mar quedará sometido á las quillas de los navíos y el Oriente reconciliado con el Occidente; se llamarán hermanos los hombres y entrarán en la posesión plena de todo el globo; y acabarán todas las tiranías y en todos